

cedió el título de Conde (1). Casanova, que era abreviador apostólico, pasaba por uno de los más elegantes y hábiles poetas de su tiempo; llamábasele el nuevo Catulo, y sus epigramas eran calificados de celestes.

El mantuano *Juan Muzzarelli*, que pasó inadvertido al principio, supo llamar la atención con un poema en alabanza de León X. El Papa le recompensó nombrándole gobernador de Mondaino en la Romaña, donde Muzzarelli acabó con muerte violenta (2). Entre los poetas cortesanos se hallaba también el siciliano *Jano Vitale*, el cual, en un poema rebosante de repulsivas lisonjas, sobre la elección de León X, no se arredró de afirmar, que había descendido del alto Olimpo un nuevo Júpiter, el cual curaría todas las enfermedades á semejanza de Apolo (3). Con semejante mal gusto, un dominico, por otra parte de talento, *Zanobi Acciaiuoli*, en un poema en que excitaba á adornar el desierto Quirinal, comparaba al Papa Médici con Apolo, dios del sol (4).

También fué muy estimado *Guido Postumo Silvestri*, médico y poeta, que cantó en un poema la felicidad de Italia durante el reinado de León X. En agradecimiento, hizo el Papa reconstruir la casa de campo del poeta, que estaba arruinada, y Póstumo pagó esta liberalidad con una elegía que dice al fin:—«León me pagó en oro los argentinos sonidos de mi lira.—Ved cómo los rayos del favor, reverberan en el elevado techo.—¡Oh, quién podrá dudar todavía de la verdad de la leyenda de Anfión,—cuando á ti, oh linda casa, te han edificado los acentos de mi lira!»

En otro poema se atrevió el mismo autor, con ridícula adulación, á dirigir á Cristo, María y los Santos la súplica, que dejaran todavía á la Humanidad á aquel numen, León; pues en el cielo había ya bastantes Santos. El mismo autor celebraba, en un largo poema, las cacerías de «su divino protector» (5). Póstumo, que

(1) Regest. Leonis X, n. 8339 (e e).

(2) Cf. Giorn. d. lett. Ital., XXI, 362; XXVII, 268.

(3) Roscoe-Henke, II, 412. Cf. sobre Jano Vitale Arch. stor. Sicil., N. S. VIII (1888). V. además Zeitschr. für allg. Gesch., I, 77, y Gnoli, Un giudizio, 162 s.

(4) Roscoe-Bossi, X, 252 s.

(5) Cf. arriba p. 127, not. 4. V. también Budik, I, XLVII ss.; Geiger, Renaissance, 302; Renier, Della corrisp. di G. P. Silvestri, en la preciosa publicación para las Nozze Cian-Sappa Flandinet, Bergamo, 1894, 241 s.; Giorn. d. lett. Ital., XXXV, 242 s., y Flamini, 117.

fué amigo de Ariosto y mantuvo correspondencia con Isabela d'Este, yace ahora en el olvido, no menos que el ferrarense *Antonio Tebaldeo*, por más que recuerde á este último un honroso sepulcro en Santa María in Via Lata (1). Destinado al principio á la Medicina, entró más adelante Tebaldeo en el estado eclesiástico. En Roma se ganó en seguida el favor del Papa y la amistad de los más distinguidos personajes de la Corte; y principalmente tuvieron con él intimidad Bibbiena, Bembo y Rafael, quien pintó su retrato (2). Tebaldeo, á quien muchos comparaban con Bembo (3), versificaba en italiano y en latín. Lo propio que otros muchos (4), cantó los trabajos de León X en orden á la cruzada, y también celebró la villa del cardenal Médici en el Monte Mario. Siendo Tebaldeo muy hábil en la improvisación, recibió numerosas muestras del favor del Papa. Un epigrama latino en alabanza de León X, le mereció el donativo, verdaderamente regio, de 500 ducados (5).

Junto con los poetas oriundos de Italia, se hallaban también entonces en Roma no pocos extranjeros (6), pues de todas partes confluían los humanistas á la Ciudad Eterna, para estudiar allí ó probar fortuna. Los alemanes tuvieron un número relativamente grande de representantes: además de Hutten, se menciona á Sustenius, Petrus Aperbachius, Janus Hadelius Saxo, Caius Silvanus, Kaspar Ursinus Velius y Michael Humelberg.

(1) Forcella, VIII, 407. Sobre Tebaldeo, cf. Gaspari, II, 1, 306 s., 367; Giorn. d. lett. Ital., XXXV, 193 s.; XXXVII, 96 s.; Rossi, Pasquinate, 111 s.

(2) Cf. la interesante carta de Bembo á Bibbiena, de 19 de Abril de 1516. Bembo, Opere, III, 11, y Cian en el Giorn. d. lett. Ital., VIII, 394.

(3) Altieri, Nuptiali, 147.

(4) Cf. Balbi Opera, II, 151 ss.; Michaud, VI, 292.

(5) Lucae Gaurici Tractatus astrologicus, Venetiis, 1552, 65. Giorn. d. lett. Ital., XXXVII, 96. Roscoe-Bossi, VII, 11 s. En las *Spese priv. di Leon X, de Serápica, hallé asentado para el 13 de Julio de 1518: A. M. Antonio Tebaldeo duc. 200. *Archivio público de Roma*. En 12 de Junio de 1518, había dirigido León X una carta á Maximiliano I, pro Antonio Thebaldeo, clerico Ferrarisen. famil. nost. super adipiscenda possessione ecclesiae s. Mariae de Bretonico. Arm. XXXIX, t. 31, 1518, n. 65. *Archivio secreto pontificio*.

(6) Entre éstos, hay que poner de relieve de un modo particular al español Bartolomé de Torres Naharro, quien en sus comedias se burlaba también de los lados oscuros de la Roma papal. Además de Ticknor, I, 240 s., II, 172, 697 s., cf. Gabotto, Un comediógrafo Spagnuolo alla corte di Leone X en la Gazz. lett. di Torino, 1889, n.º 17. V. también Flamini, 559. Sobre el español Saturno Geronna, muerto en 1523, cuyo epitafio poético se conserva en S. Maria dell' Anima, v. el estudio ingenioso de Gnoli en Nuova Antologia, 3 serie, LI, 232-248.

Los nombrados frecuentaban casi todos la casa del hospitalario Goritz (1).

El número total de los poetas, mencionados por Arsilli y otros escritores, en la corte de los Médici, pasaba de ciento; un diluvio de buenos y malos versos, odas, epístolas, epigramas, églogas, se derramaba sobre la Ciudad Eterna. Un pasquín de 1521 hace notar, que los versificadores eran más numerosos en Roma, que las estrellas en el cielo (2). A la verdad, el mérito de las producciones de los poetas estaba, generalmente, en razón inversa de la muchedumbre de ellos que vivía á la sombra de la Curia. El casi total olvido en que han caído la mayor parte de los poetas latinos de aquella época, cuyas producciones, en lugar de verdadera poesía, no respiran las más veces sino aires cortesanos, no puede, por consiguiente, estimarse sino como muy merecido (3). A pesar de lo cual, no es posible negar su influjo en la Historia literaria (4).

La poesía latina que, conforme al ejemplo de Roma, se cultivó pronto en todas partes con el prurito de una nueva moda, ejerció un profundo influjo en la poesía italiana contemporánea. Verdad es que también en esta esfera hallamos con harta frecuencia, junto con una inagotable fecundidad, la falta de originalidad más lamentable. Aun los más distinguidos líricos, como Bembo y *Molza*, á pesar de sus grandes talentos, no produjeron generalmente sino elegantes imitaciones; y á éstos imitaba á su vez una casi infinita caterva de secuaces, á los cuales designaron oportunamente los romanos con el nombre de *rimatori* (5). Francisco María Molza, llamado el nuevo Tibulo, era, por lo demás, un poeta de grandes

(1) Gregorovius, VIII, 328. Cf. Ges. Schriften, I, 299 s. y Geiger en la Vierteljahrsschr. f. Lit. der Renaiss., I, 148, 523. V. también Bautz, Kasp. Urs. Velius, Budapest, 1886.

(2) Carmina apposita Pasquillo anno 1521. Cf. Gnoli, Pasquino, 23. Sobre la *smania versaista* de aquel tiempo, v. también Cian en el Giorn. d. lett. Ital., XVII, 277.

(3) Cf. Reumont, III, 2, 350 s.; Joly, Sadolet, 29, y Geiger en la Zeitschr. für Renaissancelit. I, 158 s.; Cian en el Giorn. d. lett. Ital., XXIX, 439.

(4) Cf. sobre eso Flamini, 125.

(5) Además de Reumont, III, 2, 326 s., cf. también Tiraboschi, VII, 3, 3. De muchos poetrastros se burlaban ya sus contemporáneos, así v. gr., de G. Casio; cf. Rossi, Pasquinate, 81; Giorn. stor. d. lett. Ital., XXXVIII, 56 s., y Geremia, G. Casio, Palermo, 1902. Sobre otro versificador de poco mérito, Mariángelo Accursio, v. Cali en Nuova Rassegna, I, 45 s., y Bull. stor. abruzz., V, VI. Sobre las canciones de Guillermo de' Nobili en honor de León X, v. (Pawłowski) Cat. des livres de la bibl. Firmin Didot, 1878, 36.

dotes, que desgraciadamente derrochó la mejor parte de sus fuerzas en una vida inquieta é inmoral (1). Los demás poetas latinos de la Roma leonina, no viven sino en la Historia de la literatura; y hoy escuchamos con asombro los elogios que les fueron tributados por sus contemporáneos. ¿Quién conoce hoy, v. gr., al poeta *Bernardo Accolti*, «la gran luz de Arezzo» «el único», como se llamaba á sí mismo, lleno de orgullo, y le llamaban también los demás? Accolti cantó la liberalidad de León X, la cual le había colmado de tan ricos dones, que pudo comprarse el título de Duque de Nepi. La gloria, en la actualidad incomprensible, de este aretino, que extasiaba á la sociedad cortesana con su charla alegre é ingeniosa, está por lo demás enlazada con el arte, entonces particularmente estimado, de acompañar los poemas con una música conveniente. «Cuando se sabe (refiere Pedro Aretino (2), que había ido asimismo á Roma por entonces y había obtenido favores del Papa y principalmente del cardenal Médici); cuando se sabe que el celeste Accolti va á improvisar, acompañándose con el laúd, se cierran las tiendas, y los prelados, no menos que los otros personajes, forman en seguida círculo en torno del cantor.» El mismo Pedro Aretino fué enviado un día á Accolti, para recordarle una visita que había prometido hacer al Papa. Cuando Accolti entró en el Vaticano, mandó León X que se permitiera la entrada á todos; y el poema que cantó allí á la Santísima Virgen, arrebató á los oyentes de suerte, que exclamaron unánimes: «¡Viva largos años el divino poeta!» Esta composición se ha conservado, y cuando la leemos, nos maravillamos ahora de que un tal artificio pudiera merecer semejantes aplausos (3). La medida con que entonces se estimaban estas cosas, era totalmente diversa de la que ahora usamos.

También fué proveído con ricos beneficios, el poeta *Agustín Beazzano*, y mostró su agradecimiento en sonetos italianos y epístolas latinas (4). Todavía fué más distinguido por León X el

(1) V. Roscoe-Bossi, VII, 33 s.; Budik, II, 40 s. Cf. Gaspary-Rossi, II, 2, 290 y Flamini, 550 s., donde se halla la literatura especial.

(2) En 25 de Agosto de 1520, recibió 50 ducados, v. Cesareo, 199.

(3) Cf. Roscoe-Bossi, VII, 15 s.; Gaspary, II, 1, 311; Rossi, Pasquinate, 112 s.; Cian, Cortegiano, XVII; Gnoli, Cacce, 40 ss.; Giorn. d. lett. Ital., XXXIX, 228 ss., y E. Guarnera, B. Accolti, Palermo, 1901, 101 ss. En Regest. Leonis X, n. 3164, 12019, pueden verse los favores que León X concedió á B. Accolti.

(4) Roscoe-Bossi, VII, 30 s. Cf. Mazzuchelli, II, 2, 571 s.

poeta *Juan Jorge Trissino* (1), y hasta se le utilizó para misiones diplomáticas. Este distinguido vicentino había llegado á Roma en la primavera de 1514, con una calurosa recomendación de la marquesa Isabel d' Este para los cardenales Bibbiena y Luis d' Aragona, y fué recibido por León X de la manera más honrosa. Ya en el otoño del año siguiente, recibió Trissino una difícil misión en Alemania para el emperador Maximiliano, la cual le retuvo al otro lado de los Alpes hasta la primavera de 1516. A esto siguió, en el otoño de 1516, una misión á Venecia; aquel distinguido y noble varón, no quiso admitir recompensa por los servicios prestados (2). En 1515 había dedicado al Papa su tragedia «Sofonista» (3), no sin temor de que la clásica formación de León X le hiciera poco agradable su trabajo, escrito en italiano. El argumento de aquella obra, compuesta en versos sueltos, está tomado del libro XXX de Livio (4). Si ya esta tragedia es fría é insulsa, el poema heroico de Trissino «Italia libertada de los godos», que no se publicó hasta 1547, ha de considerarse como totalmente desgraciado (5).

También en versos sueltos, con éxito no mucho mejor, escribió el amigo de Trissino *Juan Rucellai* (6). Siendo pariente próximo del Papa, confióle éste repetidas veces negocios políticos, como, verbigracia, en un momento crítico (Septiembre de 1520) una misión para el rey Francisco I de Francia (7). Muchas veces se ha supuesto que la tragedia de Rucellai, «Rosmunda», había sido representada por él mismo, en Florencia, hallándose presente

(1) Morsolin, *Giangiorgio Trissino*, Firenze, 1894. Cf. además *Giorn. d. lett. Ital.*, XXIII, 435 s. Morsolin publicó en Vicencia, en 1881, las *Lettere del card. Giulio de' Medici al Trissino* (Nozze Publ.).

(2) Cf. Morsolin, 80 s., 91-95. V. también *Giorn. d. lett. Ital.*, XXXVII, 233 s.

(3) Cf. Morsolin, 69 s.; Flamini, 242, y d'Ancona, *Varietà*, II, Milano, 1885, 261 s.

(4) Es inexacto el dato, de que entonces se puso en escena esta tragedia en Roma (Morsolin, 75 s.).

(5) Cf. Morsolin, 282 s., 312 s. V. también Reumont, III, 2, 348 s.; Ermini, *L' Italia liberata di G. Trissino*, Roma, 1893, y además Morsolin, en *Rassegna bibliogr.*, 1895, n.º 1. Los versos vehementes contra los abusos de Roma faltan en algunos ejemplares de la edición original, los cuales, según Morsolin (Un poeta ipocrita, en *Nuova Antologia*, 1 de Noviembre de 1882) se destinaban al Papa y á la curia.

(6) Mazzoni, *Opere di G. Rucellai*, Bologna, 1887, Prefaz. *Giorn. d. lett. Ital.*, XI, 458 s. Morsolin, Trissino, 69. Cf. *Propugnatore*, N. S., III, 1, 374 s.

(7) Cf. arriba p. 13.

León X; pero esto no se ha demostrado hasta el presente (1). Entre los poetas de aquella época, aparece todavía otro pariente de León X, *Pedro de' Pazzi*; y ya no tenemos elementos para resolver, hasta qué punto sean justificadas las alabanzas que le tributaron sus contemporáneos (2).

Es extraño que el Papa Médici, que tantos favores concedió á poetastros y vates mendicantes (3), se mostrara con Ariosto har-to desdenoso. Confiando en antiguas relaciones de amistad, había éste corrido á Roma, luego después de la elección de León X. El recibimiento, por demás benévolo, que le dispensó el Papa, hizo subir hasta lo sumo las esperanzas del poeta; y por esto fué tanto mayor su asombro, al ver que no se realizaron. Las ingeniosas sátiras en que Ariosto describe el estado de las cosas de Roma, muestran cuán grande y profundo había sido su desencanto. Sin embargo, aun en sus más acerbos ataques, se transparenta el designio de disculpar personalmente al Papa, de quien obtuvo para su Orlando el privilegio de que no pudiera ser reimpresso por otros, y varias muestras de favor en negocios beneficios (4).

A par de la Poesía, obtuvo la Elocuencia un lugar eminente en la Roma de León X. Como hijo del Renacimiento, y nacido en un pueblo, para quien la audición era un deleite de primer orden; disfrutaba el Papa con la bella prosa latina no menos que con los armoniosos versos (5). Las solemnes oraciones de las embajadas de obediencia, cuya contestación había sido un manantial de dificultad

(1) Mazzoni, loc. cit., xviii. Gaspary, II, 2, 298.

(2) Cf. Gnoli, *Un giudizio*, 41.

(3) V. Bernardo Giambullari, *Sonetti rusticani di Biagio del Capperone*, pubbl. a cura di C. Arlia, Città di Castello, 1902; v. *Giorn. d. lett. Ital.* XLI, 170 s.

(4) Cf. Sadoleti epist. 193; Bembi epist. X, 40; Roscoe-Bossi, VII, 41 ss.; Rossi, L. Ariosto e il beneficio di S. Agata, en *Rendiconti dell' Ist. Lomb. d. scienze e lett.*, 2. Serie, XXXI (1898) 1169 ss.; *Giorn. d. lett. Ital.*, XXXVII, 249; A. Valeri en *Riv. d' Italia*, 1900, I, 517 ss. Reumont, III, 2, 347 hace notar, que el privilegio sobre el editar el «Orlando» ha servido insensatamente para las acusaciones contra León X, como si contuviese una aprobación del Papa de las poesías de Ariosto, cuando no tiene otro fin que dar la protección ordinaria contra la reimpresión. Esto es verdad; pero por otra parte también tiene derecho Castelnaud, á escribir en *Les Médicis*, II, 336: *Vue de plus haut, cette manifestation de puissance spirituelle en faveur d'une œuvre profane, adverse au fond, sinon hostile, à l'esprit chrétien, met en plein jour le caractère de l'évolution accomplie au faite de l'Eglise.* Sobre el «Orlando», cf. nuestras observaciones, vol. V, p. 154 s.

(5) Burckhardt, *Kultur*, I, 3, 275.

tades para varios de sus predecesores, destituidos de formación clásica, fueron para él un subido deleite, y supo contestar á todas con maravillosa facilidad y elegancia (1). Este arte hubo de contribuir no poco á la gloria del Papa Médici, en una época en que se iba tan lejos en la exagerada estima de la elegancia clásica, que se equiparaba al retórico, versado en la forma, con el pintor (2).

Al lector moderno le dejan las más veces frío, los discursos que entonces produjeron admiración suma: mucho de erudición clásica, pero poco de originalidad; y aun en los mejores, los frecuentes pensamientos felices y nobles sentimientos, se hallan de ordinario sofocados bajo una inundación de frases altisonantes. Sentimientos verdaderos, pensamientos profundos, se buscan inútilmente en aquellos discursos aparatosos, de donde la forma elegante expulsaba todo lo demás (3). Con frecuencia se hallan terriblemente vacíos de argumento; y luego ¡qué falta de verdad! Lo propio que en la cartas clásicas, se distribuyen en los discursos alabanzas infinitas, para las cuales no se halla ninguna justificación. Cuando faltan los hechos, se elogian las intenciones supuestas, amontonando frases brillantes, que producen el efecto de un encomio (4). Las producciones de este género, causaban entonces asombro; y así pudo suceder, que se tuviera por muy elegante y excelente una oración fúnebre, en la que se acertó con el singular artificio de elogiar á un hombre, que en realidad no había poseído ninguna de las cualidades que le atribuía «la elegancia y facundia» del orador (5). Cuando las frases cadenciosas y bien declamadas producían en los oídos del público un sonido lleno, quedaba éste altamente satisfecho. Ni el mismo León X fué una excepción en este concepto. Cuán exageradamente estimara los discursos, lo muestra el hecho de haber dado en 1514 una ordenación, en virtud de la cual,

(1) Cf. vol. VII, p. 91, 93, 143 y arriba p. 63 s.

(2) Cf. Burckhardt, I^o, 350, quien se remite á Petrus Alcyonius, de exilio (ed. Mencken, 136).

(3) Cf. Joly, Sadolet, 53, y Cian en el Giorn. d. lett. Ital., XIX, 152.

(4) Cf. Joly, 57.

(5) En este respecto es muy interesante la siguiente relación de Paris de Grassis sobre las exequias del cardenal Sixto Gara della Róvere, celebradas el 3 de Abril de 1517: *Camillus Portius canonicus Romanus elegantissimam habuit orationem cum admiratione omnium expectantium quo evasurus esset orator ipse in laudem unius viri qualis iste tuit nullius ingenii, nullius veritatis, virtutis sed abiectissimi viri sicut unus asinus et tamen elegantia et dexteritas oratoris tanta fuit ut in laudem ipsius viri evaserit. Paris de Grassis, *Diarium. Archivo secreto pontificio, XII, 23.

las reuniones de los Conservadores habían de principiar cada vez con el discurso de un romano sobre las personas eminentes de la Antigüedad patria (1). También se solemnizó con discursos la fiesta de los patronos de su familia, Cosme y Damián; y una vez habló en esta coyuntura Rafael Brandolini, célebre como improvisador y escritor de epístolas, el cual celebró luego á su protector, el Papa, con un largo diálogo titulado «Leo» (2). La cuestión de la guerra contra los turcos, fué particular ocasión para numerosos discursos (3).

Juntamente continuaban teniéndose los sermones acostumbrados en la Capilla pontificia, pero con frecuencia apenas se distinguían los tales, de las oraciones retóricas; León X quería que se terminaran brevemente, y no durasen más de un cuarto de hora (4). No pocas veces hizo el Papa llamar á su presencia á un predicador que había desempeñado bien su cometido, para expresarle personalmente su reconocimiento (5); y, según el testimonio de Giovio, un sermón afortunado, podía llegar á ser camino para una mitra (6). Por lo demás, León X había urgido en 1513 la censura del Maestro del Sacro Palacio sobre los sermones que se habían de pronunciar delante del Papa (7); pero no se ejecutó con rigor; y

(1) Cf. abajo p. 190, not. 1.

(2) Sobre Rafael Brandolini Lippi, cf. Tiraboschi, VI, 2, 270; Amati, 235. Brom en la Röm. Quartalschrift, II, 175 s. y especialmente Fogliuzzi en el prólogo á la obra Raph. Brandolini Lippi iun. Dialogus Leo nuncupatus. Venetiis, 1753. La Bibl. Classense de Ravenna conserva el ejemplar original que se dedicó al Papa, magníficamente adornado, de su Oratio de laudibus eloquentiae in aede divi Eustachii ad populum habita XV Cal. Nov. 1513.

(3) Cf. vol. VII, p. 220, sobre Sadolet. V. también más abajo, cap. XII, sobre los discursos del concilio. Geiger, Renaissance, 274, menciona un discurso de A. Navagero, acerca del asunto de los turcos. Es sumamente rara, y falta en Graesse, la obra siguiente: Baltasar de Rio Pallantinus, Oratio de expedit. contra Turchos ineunda, Romae (Mazochius) 1513.

(4) Paris de Grassis en Creighton, V, 315.

(5) Así lo refiere el maestro de ceremonias de León X, para el día de San Esteban de 1516: *Sermonem habuit quidam frater s. Dominici de Placentia de domo Alemanorum et doctissimum et elegantissimum ita ut papa post missam miserit pro ipso fratre et multum eum commendaverit de doctrina et elegantia et arte concionandi. Paris de Grassis, *Diarium. Archivo secreto pontificio, XII, 23.

(6) P. Jovii Dialogus de viris lit. illustr., publicado por Burckhardt, I^o, 283.

(7) La relación comunicada sólo en parte por Müntz, Raphaël, 426, y Burckhardt, II^o, 351, y no del todo correctamente por Creighton, V, 315, dice así en el ejemplar de Paris de Grassis, que existe en el Archivo secreto pontificio, XII, 23: Sermonem habuit quidam scholaris Narniensis satis scholasticæ et po-

así pudo continuar el abuso, ya reprendido por Erasmo en la época de Julio II, de que los predicadores, en sus alocuciones ciceronianas, trataban más de la Antigüedad que del Cristianismo (1). Un festigo nada sospechoso, el Maestro de ceremonias Paris de Grassis, refiere el escándalo producido por un humanista que, en 1517, en la fiesta de San Juan Bautista y en presencia del Papa, «con forma más gentilica que cristiana, invocó en sus apóstrofes á los dioses y diosas» (2). Con esto los predicadores no perpetraban ninguna cosa peor que el humanista Mario Equícola, quien en su oración pronunciada para celebrar una beatificación decretada por León X, habló de Cástor, Rómulo y otros, que habían sido elevados á la esfera de los dioses (3). Todavía fué más lejos Pierio Valeriano, quien en su oración fúnebre del cardenal Bibbiena, dedicada á León X, apostrofó de esta suerte á la sombra del cardenal: «No investigamos á qué lugar del Olimpo has sido conducido en la áurea quadriga, por tus virtudes inmortales; pero si andas por los mundos celestes para contemplar á los héroes, no te olvides de rogar al Rey del Cielo, y á todos los demás dioses, que, si quieren seguir disfrutando su culto en la tierra, añadan á León los años que las impías Parcas te han abreviado á ti y á Juliano de' Médici» (4).

Por lo demás, muchos de los discursos de aquel tiempo, conservados en manuscritos ó impresos, no se pronunciaron de la manera que los poseemos, lo cual se ha de entender también de la extensísima oración que se pretende haber sido pronunciada en el Capitolio, á 21 de Abril de 1521, en la fiesta de Palas, por el Reformator de la Universidad (5), cuando se expuso allí la hono-

tius gentilitio more quam christiano, invocans deos deasque in exclamatione sua ita ut multi riserint multi detestati fuerint. Ego increpavi magistrum palatii qui non corrigit quando praevidet eos sermones. Papa patienter tolleravit ut est sui moris patientissimi et dulcissimi. Sobre otro discurso de humanista, v. Lütolf, Schweizergarde, 20 s.

(1) Ciceronianus, 219 s.; cf. Schüick, Aldus, 98, y Gnoli, Un giudizio, 16 s.

(2) Paris de Grassis en Delicati-Armellini, 13. Cf. Kalkoff, Forschungen, 174.

(3) Oratio ad Isab. Est. in consecratione divae Andreasiae; cf. Luzzio-Renier en el Giorn. d. lett. Ital., XXXIV, 18; aquí también hay más pormenores sobre Equícola, quien por encargo de los Gonzaga, fué á Roma en 1513.

(4) P. Valeriani Hexametri, Ferrariae, 1550, 78. Gregorovius, VIII, 273.

(5) Oratio totam fere Romanam historiam complectens habita Romae in aedibus Capitolinis XI Kal. Maii, 1521, ab anonimo auctore die qua dedicata fuit marmorea Leonis X P. M. statua, ed. R. Venuti, Romae, 1735. Es enteramente arbitrario el suponer con Gregorovius, VIII, 297, que León X oyó este discurs-

rífica estatua colosal de mármol de León X, erigida en virtud de una resolución del Senado de 1518 (1). El orador (2) hace pasar ante sus ojos casi toda la Historia de Roma; hay más, comienza por el primitivo estado de la Humanidad. Como verdadero romano, detiéndose con especial predilección en la Historia antigua de su ciudad natal, pintando vivamente el contraste entre ayer y hoy: «las siete colinas, que en otro tiempo estaban cubiertas de casas, muestran hoy solamente ruinas y viñedos. De los diez y seis foros con sus basílicas y templos, no vemos actualmente sino el vacío espacio. De las veinte conducciones de agua, sólo nos queda todavía el Aqua virgo. De las trece termas, poseemos aún las ruinas de las de Diocleciano y Caracalla; de los trescientos templos, sólo se ha conservado enteramente el Panteón. Del Anfiteatro de Vespasiano, que se contó en otro tiempo entre las maravillas del mundo, vemos solamente el mutilado tronco. ¿Dónde están las cinco Naumaquias, las once Ninfeas, los cuatro estadios y Curias, los seis grandes obeliscos, las veinticuatro bibliotecas, las diez basílicas, los veintidós caballos de bronce dorado, los treinta y seis arcos de triunfo de mármol, y tantos otros monumentos? ¡Todo yace en las ruinas; se halla abatido ó ha sido calcinado y aniquilado en tal extremo, que no queda de ello vestigio alguno!» La pena del orador sobre esta destrucción sin igual, es tanto mayor cuanto más admira á los antiguos romanos, llegando á no ver en el tiempo antiguo sino los puntos luminosos, hasta tal punto, que rechazaba con toda seriedad, como infundada, la acusación de que los romanos hubieran hecho guerras injustas ú oprimido á las provincias. Tanto es más funesta la luz con que se ofrecen ante sus ojos, los bárbaros de las Galias y Germania, que se precipitaron sobre el romano Imperio. En la segunda parte de su tratado,—pues como tal debe realmente considerarse aquel discurso—contempla el autor la gloria de la nueva Roma cristiana. «Después que obtuvimos la tierra y los mares con nuestras armas, y

so. Este nunca fué pronunciado; v. Gnoli, Un giudizio, 35. Gregorovius hubiese ya podido colegirlo, al ver que el discurso llenaba 134 páginas de imprenta.

(1) Cf. Rodocanachi, Capitole, 110 s., y nuestras indicaciones abajo cap. XI, 2.

(2) Venuti cree que fué Celso Mellini, bien que éste ya había muerto en 1520, Marini (Lettera, 39) juzga ser G. B. Veralli. Gnoli (Un giudizio, 36) hace muy probablemente verdadero autor á Blosio Palladio. Aquí se trata también sobre las alusiones al negocio de Longueuil.

una eterna memoria con nuestra literatura, todavía nos quedó habernos hecho partícipes del cielo, por medio de la religión. De esta manera siguió la religión á la gloria de las armas, como Numa á Rómulo.» Y aquí entona un entusiasta elogio á los papas, «que no sólo restablecieron en parte el antiguo Imperio en la tierra, sino fundaron otro nuevo Imperio espiritual». Ninguna ciudad del mundo ha fomentado el Cristianismo tan poderosamente como Roma. «Esto demuestran tantos papas, naturales de la misma Ciudad; tantos mártires cuyas reliquias veneramos hoy sepultadas en las vías latina, Apia y Ostiense.—Aun cuando, pues, el Imperio romano cayó, como obra de los hombres, debemos alegrarnos, porque su caída fué principio de otro nuevo y mejor.—Así, nos ha cabido la suerte de nacer en tiempos dichosos, en los que no damos ya culto al furibundo Marte, al adúltero Júpiter, á la vendible Venus ni al fraudulento Mercurio, sino á Dios uno y trino.» Todo esto y muchas otras cosas las debe Roma á los papas; pero ninguno de ellos ha sido tan popular como León X, á quien se consagra ahora por vez primera una estatua de mármol. Con entusiastas frases se describen luego los merecimientos del Papa Médici para con la ciudad de Roma, y enlazándolas con esto, la vida y las buenas cualidades del mismo. El Papa ha dado á la Ciudad monumentos, al cielo Santos; ha construído iglesias, reformado las costumbres, restablecido la paz en Roma, y mostrándose padre de la Patria. Al terminar declara el orador, que no quiere acudir á Júpiter, pidiéndole una larga vida para semejante Papa; sino á la Virgen Capitolina, la Madre de Dios.

Lo mismo que en esta oración panegírica, se manifiesta también el elemento cristiano en un trabajo semejante de *Mateo Ercolano*, más de lo que se hubiera podido creer, atendidas las corrientes gentílicas que dominaban entonces en la literatura. Ercolano que, como antiguo amigo de los Médici, recibió muchos favores de León X, se ciñó enteramente á la vida de su augusto protector, aduciendo algunos rasgos interesantes para la biografía de León X; pero, desgraciadamente, su trabajo no llega más que hasta el cuarto año de su pontificado (1).

Gozaban entonces en Roma la mayor fama, como maestros de

(1) El trabajo *Mathaei Herculani Encomion in Leonem X P. M., de que se sirvió muchas veces especialmente Fabronius, se conserva en la *Bibl. Laurentiana de Florencia*, Plut. LI, Cod. XVI; cf. Bandinius, II, 538.

la elocuencia ciceroniana *Tomás Inghirami* y *Camilo Porzio*, á quien León X nombró obispo de Teramo. A estas «lumbreras de la Academia romana», celebrados con entusiasmo por Giovio, disputaban el lauro de la elocuencia Bautista Casali, Lorenzo Grana, Blosio Palladio, Sadoletto, Egidio Canisio, Vicente Pimpinelli y otros numerosos humanistas, muchos de los cuales tuvieron la honra de dar pruebas de su arte en presencia del Papa (1).

Con Porzio y Casali se juntó un erudito francés, venido á Roma en 1516 (2), *Cristóbal Longueil* (latinizado, *Longolius*), el cual supo ganarse muy pronto numerosos amigos, entre otros á Bembo y Sadoletto (3); pero no faltaron tampoco al forastero enemigos y envidiosos, los cuales procuraron principalmente aprovecharse de un discurso pronunciado por él años antes en Poitiers (1508), en el cual había ensalzado la preeminencia de Francia sobre Roma é Italia. Longueil se resolvió á compensar este yerro, pronunciando en casa de Giberti, á fines de 1518, cinco panegíricos de Roma (4). Sus amigos lograron que, como recompensa, se le otorgara el derecho de ciudadanía romana; pero sus enemigos supieron, por el contrario, diferir indefinidamente la expedición del diploma. Habiendo Longueil reclamado, á 9 de Abril de 1519, la entrega del mismo, resolvieron los Conservadores de la Ciudad que debía primero examinarse lo que había escrito antes acerca de Roma (5).

Con grande acerbidad se trabaron entonces los dos partidos de literatos; de una parte los amigos del erudito francés, y de la otra ciertos patriotas exaltados de Roma, bajo la dirección del joven Celso Mellini, detrás del cual estaban, no obstante, otras personas (6). Los celos del advenedizo, lleno de aspiraciones y extremada persuasión de su propio valer, fueron los motivos que influyeron en primera línea, á los que se añadió una extremosa suscepti-

(1) Cf. Gnoli, *Un giudizio*, 12-16, Cian, *Cortegiano*, 204-210, y Gothein, *Kulturentwicklung*, 454. El discurso, que C. Porzio tuvo ante León X sobre el rey de Portugal, dió ocasión á un epigrama laudatorio; v. Volpicella, *Heroica M. A. Casanovae*, Napoli, 1867, 19 y 40. El discurso de Blosio á León X está impreso en *Anecd. lit.*, II.

(2) Cf. Cian, XIX, 373 s.

(3) Cf. Sabbadini, *Storia del Ciceronianismo*, 53 ss.

(4) Consérvanse en el *Cod. Ottob., 1517, p. 44-185 de la *Biblioteca Vatic.* Cf. Gnoli, *Un giudizio*, 20 s.

(5) Gnoli, loc. cit., 24-28.

(6) Particularmente Tommaso Pighinucci da Pietrasanta, el maestro de los hijos de Mario Mellini. Además de Gnoli, 31 s., 38, cf. Cian en el *Giorn. stor. d. lett. Ital.*, XIX, 154.